



Katálogos

Biblioteca, lectura y resonancias

Juan Camilo Tobón Cossio

LETRA X LETRA
~ ENSAYO ~


Editorial
EAFIT

LETRA X LETRA
`ENSAYO`



Katálogos

Biblioteca, lectura
y resonancias

Juan Camilo Tobón Cossio



Tobón Cossio, Juan Camilo

Katálogos : biblioteca, lectura y resonancias / Juan Camilo Tobón Cossio.
– Medellín : Editorial EAFIT, 2024.

110 p. ; 22 cm. – (Letra x Letra. Ensayo)

ISBN: 978-958-720-902-0

ISBN: 978-958-720-903-7 (versión EPUB)

ISBN: 978-958-720-904-4 (versión PDF)

1. Libros y lectura – Ensayos, conferencias, etc. 2. Promoción de la lectura. 3. Amenidad literaria. 4. Selección de libros. 5. Bibliotecas. 6. Bibliotecarios. I. Tít. II. Serie.

028.9 cd 23 ed.

T629

Universidad EAFIT - Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Katálogos

Biblioteca, lectura y resonancias

Primera edición: julio de 2024

© Juan Camilo Tobón Cossio

 <https://orcid.org/0000-0002-8067-4552>

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 Sur - 50

<http://www.eafit.edu.co/editorial>

Correo electrónico: obraseditorial@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-902-0

ISBN: 978-958-720-903-7 (versión EPUB)

ISBN: 978-958-720-904-4 (versión PDF)

DOI: <https://doi.org/10.17230/9789587209020lr0>

Edición: Marcel René Gutiérrez

Corrección de texto: Diana M. Suárez A.

Diseño y diagramación: Margarita Rosa Ochoa Gaviria

Imagen de carátula: www.freepik.es

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018

Editado en Medellín, Colombia



Contenido

Introducción	11
Buscando los rastros de la biblioteca	15
¡Y llegaron los libros!	29
¿Vamos a cazar un oso? No, un libro	39
las máscaras del bibliotecario	75
Y, acaso, leer sea como besar.....	101
Referencias	107



Agradecimientos

Al equipo de la Editorial EAFIT por acoger y cobijar estas palabras.

A Beatriz Helena Robledo, Daniel García e Inés Posada Agudelo, primeras lectoras del texto, quienes dialogaron sensible e inteligentemente con estas ideas y conmigo.

A Rubén Darío Vasco, librero, quien en su oficio ha alimentado mi camino como bibliotecario y lector.

A mis colegas bibliotecarios –a aquellos que en silencio están salvando las palabras, las vidas y el mundo–, a los de Comfenalco Antioquia y de la Red Distrital de Bibliotecas Públicas de Bogotá (BibloRed), sin ellos nada en este libro tendría sentido. Muy especialmente al equipo de la Línea de Gestión de Colecciones de BibloRed por haber tenido la paciencia de enseñarme mucho de lo que es este libro y por hacer camino conmigo.

A mi familia de sangre y elección, siempre a ellos.

A Eve.

A Ana.

POEMA XVII

*Hay algo muy sutil y muy hondo en volverse
a mirar el camino andado...*

*El camino en donde, sin dejar huella,
se dejó la vida entera.*

Dulce María Loynaz, *Poemas sin nombre*



Introducción

*En la biblioteca, hermosa fiesta de silencios. Afuera todo calla,
hasta mi corazón tumultuoso. En lo alto del cielo, todo se apacigua:
el rumor de la ciudad, los sauces, el viento, mientras la noche cruza
silenciosa sobre este universo puro y sin memoria
Gonzalo Arango, Medellín, a solas contigo*

La biblioteca es un universo en sí mismo y es dependiente de todos. A ejemplo de él, ella está en constante creación y destrucción; se crea cuando un escritor y un editor hacen sus aportes a estas constelaciones y se destruye cuando se descartan ejemplares, cuando se sustraen algunos de sus habitantes (libros) o cuando se ve obligada al cierre de sus puertas.

Como el cosmos, la biblioteca está enmarcada por posibilidades, pero también por amenazas. Posibilidades

que apuntan a propiciar la conservación de la memoria, la construcción del tejido social y el enigmático encuentro entre un autor, un texto y un lector —y, aún, entre lectores—; que alientan nuevas conversaciones y escrituras, lo cual re-crea a la biblioteca con más palabras, libros y formas de conocimiento. Amenazas que no sólo provienen de instancias políticas que soslayan su papel en la construcción de la democracia, sino también de aquellos que ejercen su derecho a no leer sin ser conscientes de ello.

Los textos reunidos en este libro brotan de un par de lustros de atención a este universo. Son testimonio de las perplejidades de un bibliotecario que encontró en los laberintos de los anaqueles un espacio para desenvolver su vida. En ellos reposan sueños, desilusiones, angustias y esperanzas; se asoma también la poesía que, de la mano de la escritura, procura dar existencia —como señaló Aristóteles— a una realidad que se habla en voz baja: el ser bibliotecario y mediador de la palabra. Además, estos textos son recorridos por dos inquietudes: ¿qué es una biblioteca? y ¿qué es eso de ser bibliotecario?, concibiendo ambas preguntas no solamente desde un oficio, sino también desde esas formas (rostros) que intervienen en la construcción de lectores y, en especial, de los primeros lectores, en una conversación en la penumbra con los libros.

Se da a estas páginas el nombre de *Katálogos*, es decir, la disposición de palabras de arriba a abajo según el sentido griego del término. Esto, pues el bibliotecario —como el bibliófilo— encuentra justamente en los catálogos de la biblioteca, de la librería o de las editoriales, en los listados de los

más prestados y menos consultados o comprados por los lectores, una compañía para su quehacer solitario como lector.

Los presentes textos, si bien buscan contribuir a las reflexiones de los bibliotecarios, también pretenden desarrollar herramientas para mediadores: docentes (maestros), promotores de lectura, estudiosos de la mediación de la literatura y editores. Ante todo, son la búsqueda de una conversación con amantes de los libros, con aquellos que han hecho de alguna biblioteca un lugar para la conciliación de su razón y su demencia. También son un homenaje a todos los bibliotecarios que calladamente entablan procesos de transformación en sus comunidades o en ellos mismos. Además, procuran ser un diálogo con la experiencia, con algunos autores que reposan en los estantes y son reflejo de una escritura que, sumada al silencio que ronda en algunas bibliotecas, ha querido dejar una marca en la memoria.

Con cuatro ensayos y una crónica de deriva urbana y mental se procura indagar algunos frentes del vivir la biblioteca. Cada texto brota con una independencia en el tiempo, en las inquietudes y en los asombros; sin embargo, encuentran conexiones en el pasmo de habitar las bibliotecas, los libros y las palabras. En el primero, titulado “Buscando los rastros de la biblioteca”, se ahonda en el *qué* de una biblioteca, ecos y repercusiones poéticas para quien explora el mapa del lenguaje. En el segundo, llamado: “¡Y llegaron los libros!”, se exploran los momentos previos a esa expresión gozosa que brota en el momento en que algunos ejemplares llegan a engalanar una biblioteca. En el

tercero, “¿Vamos a cazar un oso? No, un libro” –una reflexión de largo aliento–, se expone la compleja tarea de la selección de textos, sobre todo cuando son para la primera infancia, y se ofrecen algunas consideraciones y compañías para este ejercicio. En el cuarto, “las máscaras del bibliotecario”, se realiza un recorrido por aquellos rostros circundantes al oficio que, como una máscara del teatro antiguo, aportan en su misionalidad; asimismo, es un homenaje a aquellos oficios cercanos al bibliotecario: el referencista, el mediador de lectura, el maestro, el censor y el librero. Por último, se propone una crónica –que, acaso, sólo sea un murmullo– como deriva de la ciudad del pensamiento y del difícil y necesario arte de leer. En alguno de estos escritos es probable que el lector pueda descubrir su propio rostro, sus propias preguntas y un atisbo (o un vacío) en el sendero que implica abordarlas para sus prácticas y su vocación.

Espero que este libro, este *Katálogos*, sea una compañía para quienes, entre libros, escriben el libro de sus días.



Buscando los rastros de la biblioteca

*No basta con pensar,
hay que sentir nuestro destino*

Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*

*Olor de eucaliptus y rosas en la biblioteca. Me digo: es el buen olor
de la sabiduría, esta inocencia que no está escrita más que en el aire, y más
alto aún, en las estrellas*

Gonzalo Arango, Medellín, a solas contigo

¿Todos en alguna oportunidad hemos recomendado un libro, un texto, una pintura?

Si la respuesta es “sí”, conviene comenzar.

Deriva en torno a un lugar ensoñado

¿Cómo hablar de la biblioteca a un grupo de personas que desde su misma esencia, su génesis, están ligadas a los libros, a la lectura, a los anaqueles, es decir, a este espacio? ¿Cómo decir una palabra en medio de tantas que proclaman búsquedas, certezas, pasiones y hallazgos, si del lugar que me preocupo es el de la voz baja, el del murmullo, el de los hombres y mujeres que se placen en la acción solitaria de la lectura, como muchos creen? Sin embargo, he de hablar, elevar un poco la voz y contarles algo que ya saben, que ya han vivido, pero no sé si hayan oído, tocado, sentido. Comenzaré diciendo que el mundo de las bibliotecas, como conceptualización y destino, aún se encuentra en un halo de misterio. La noche se ha posado sobre ese lugar para que permanezca oculto y, por tanto, para que ejerza sobre nosotros una gran fascinación. ¿Qué es esta noche a la que me refiero? Pues, es la noche en la cual la silueta de lo humano asoma como una fantasmagoría, es decir, aún no se goza de una clarividencia, ni siquiera un rayito de luz, sobre el hombre al cual se debe dirigir la biblioteca.

¿Qué es el hombre? Es la pregunta que resuena a lo largo de siglos de historia de la cultura, de las ideas, del arte, de la filosofía y... también de la literatura. Entonces la biblioteca se torna vocera de esta pregunta, pero también se establece como lugar que la alberga, posibilitando diferentes estadios para ella. Estos estadios subyacen en cada experiencia que se vive de la biblioteca sin que por ello se excluyan unas a otras; es posible que aún coexistan

como una multiplicidad. En primer lugar, nos encontramos con un espacio de corte informativo; luego, se abre paso el formativo (lectura, confrontación, diálogo); y, finalmente, uno estético (ensoñación, creación).

La biblioteca como lugar de información

Muchos de nosotros hemos asistido a la biblioteca porque necesitamos una fecha trascendente, la noticia de algún acontecimiento en un antiguo diario, porque buscamos el texto de la prueba ontológica de la existencia de Dios (espero que lo hayan encontrado), porque necesitamos alguna asesoría o, tal vez, porque deseamos entrar a Internet y consultar nuestro correo, nuestra cuenta de Facebook, entre otras razones. Precisamos de datos puntuales para una memoria inmediata, para una relación instrumental con el mundo, con las cosas, con la carrera que estudiamos, con las clases que preparamos; o también, espero haya ocurrido, acudimos a ella para buscar citas que sustenten textos como este.

Información. Una necesidad urgente en este mundo de las telecomunicaciones, de postenciclopedismo, de vida *fast*, donde saber es poder y, también, oportunidad para participar, para proponer o para ahorrar tiempo y dinero en la gran cantidad de procesos a los que nos hemos de someter en las empresas en la era de la calidad. Necesitamos información, es evidente, y la biblioteca se presenta como una oportunidad —una entre tantas— para satisfacer esta necesidad. Sin embargo, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura

(UNESCO) en el *Manifiesto sobre la biblioteca pública* le asigna una gran responsabilidad:

La libertad, la prosperidad y el desarrollo de la sociedad y de los individuos son valores humanos fundamentales. Estos sólo se lograrán gracias a la capacidad de ciudadanos bien informados que ejerzan sus derechos democráticos y jueguen un rol activo en la sociedad (1994).

Los valores que constituyen y consolidan, desde esta óptica, el porvenir de nuestras sociedades están ligados a las bibliotecas, de modo que el engranaje social se pueda constituir a partir de la información y la participación; dos elementos que no son sólo perseguidos por las bibliotecas, sino también por lo que se han denominado “competencias” en la formación ciudadana. En nuestro contexto (y en nosotros mismos), la biblioteca ha parecido estar alejada del aula —no sé si todavía—, ha sido para muchos lugar de castigo o de la penosa y agobiante *alfabetización*. Al parecer, en esta óptica de exclusión, la biblioteca no tiene nada que hacer en los procesos activos de participación y de argumentación, y se la deja muda, silenciosa, muy rezagada en la toma de responsabilidades, esto es, en los ejercicios conscientes de la palabra. La biblioteca es el lugar de la *praxis*, no del espíritu, y establece su lucha contra otros gestores de información: Internet, bases de datos, etc. Al menos eso parece para algunas mentalidades.

La biblioteca como lugar de formación

Cambiemos de aires.

Edgar Morin, en su texto *Amor, poesía, sabiduría*, nos presenta la existencia humana desde dos ámbitos del lenguaje: el de la razón y el de la demencia:

En las sociedades arcaicas que ha[n] poblado la tierra y que injustamente han sido llamadas primitivas, [...] el trabajo estaba acompañado de cantos, de ritmos (de lo poético); por ejemplo, cantaban al ritmo del golpe del mortero para preparar la harina, utilizaban ese ritmo. Tomemos el ejemplo de la preparación de la caza, de lo cual aún testimonian las pinturas prehistóricas, particularmente las de la gruta de Lascaux, en Francia; esas pinturas nos indican que los cazadores realizaban ritos de embrujamiento sobre las presas pintadas en la roca, pero no se satisfacían con esos ritos: al mismo tiempo utilizaban flechas reales, utilizaban estrategias empíricas, prácticas, es decir, se mezclaban ambas. En nuestras Sociedades Contemporáneas Occidentales, tuvo lugar una separación, que yo llamaría incluso una disyunción, entre los dos estados, la prosa y la poesía (1998, p. 43).

Hasta donde hemos ido atisbando, la biblioteca queda encerrada en un estadio de la acción, de administradora de elementos para lo cotidiano, para la caza; así, poco a poco, ha sido aprisionada por la prosa, por la razón instrumental, y sus voces han quedado resonando en un círculo sin alternativa para otro tipo de búsquedas que hemos de cuestionar y que a lo largo de este libro se irán evidenciando. La biblioteca debe atraer personas pues, al no generar recursos económicos óptimos, debe buscar mecanismos de financiación, mismos que le imponen unas metas de atenciones, soluciones, estadísticas. Atraer a la gente es difícil, y si bien los libros resultan muy atractivos para casi todo público, la lectura casi no; por tanto, las bibliotecas abren espacios para lo lúdico, para lo informático, para el goce, algo que debemos aplaudir a la hora de concebir a la

persona, pero que hemos de mirar con lupa a la hora de hablar del siguiente paso: su formación.

¿No es acaso formación lo que pretenden esas dos orillas de la educación: las aulas y las bibliotecas? La historia y la experiencia me llevan a reconocer en la biblioteca no sólo un lugar quimérico y para la ensoñación, sino también un lugar real para la confrontación, la argumentación, el encuentro, la diferenciación... la formación. Pero veamos la historia.

“Se cuenta, pero Dios es más sabio” —como refiere tantas veces *Las mil y una noches* a modo de seducción—, que la biblioteca brotó en lugares en los cuales el encuentro de culturas obligaba a la conservación del conocimiento. Los puertos y encuentros de caminos, en la Antigüedad, constituían un lugar muy apropiado para la conversación, el intercambio comercial y cultural; lugares que, en cierta medida, se constituían en bastiones que jalonaban el ascenso espiritual de los pueblos antiguos. Centros de difusión de las artes, crisoles de las lenguas y faros para la difusión de la cultura. El libro, si es que podemos llamar así a esos rollos de papiro, tablillas de arcilla y cera o láminas de cuero, era un *artilugio*, un ser desconocido, extraño y, por tanto, digno de conservación y, en algunos casos excepcionales, de almacenamiento.

En este contexto de *ciudades faro* o, si preferimos, *ciudades madre*, los actos de invasiones, saqueos y atrocidades eran constantes. La amenaza era latente. Con cada nuevo invasor la tradición se encontraba en jaque y, así, toda la construcción del *logos* (la palabra que nombra y determina lo humano) se hallaba en peligro inminente. Este estado

de tensión posibilitó el éxito de la palabra escrita, la cual necesitaba cada vez más de mayores cuidados y de personas *capacitadas* para contenerla, leerla e interpretarla, pero también de lugares que garantizaran su conservación y perennidad; brota así como un mito, como un fantasma, la Biblioteca de Alejandría. Los amanuenses vendrían a constituirse en los primeros difusores (maestros) y en los primeros guardadores (bibliotecarios) de esta palabra. Escuela y biblioteca no se separaban y, si es lícita esta metáfora, el *logos* era forjado en la discusión y resguardado en la biblioteca.

Esta condición adquirió mayor peso en el Medioevo, cuando los monjes asumieron el papel de contener el saber y difundirlo. Sin embargo, paulatinamente el aula se separó de la biblioteca, aunque una y otra estaban presentes, hasta llegar a uno de los acontecimientos educativos más relevantes: la universidad. Con el nacimiento de esta, el libro cobró un papel relevante —casi mítico—, aun cuando por factores técnicos y sociales tuvo que aguardar para ser formativo: el libro se constituyó en un lujo social al que muy pocos podían acceder. Además de sagrado, resultó ser poco útil para una sociedad que luchaba por sobrevivir y era signo ineludible de un prestigio poco práctico, un lujo reservado para algunos aristócratas y clérigos. Habría que esperar la revolución de Gutenberg para que el libro, la biblioteca y la educación tomaran un nuevo rumbo en la historia.

Con el surgimiento del Humanismo, la lectura —o, propiamente, el libro— comenzó a tomar un papel preponderante. El retorno a los clásicos, la difusión de la

cultura, la evangelización y las nuevas perspectivas de la filosofía proponían una urgente necesidad de expansión. La discusión, la confrontación, la exploración de ideas en el campo de lo espiritual y lo físico se daban la mano con la escritura, abriendo así un abanico que enriquecería el alma de Occidente; encontramos propuestas de oraciones, por ejemplo, *De la dignidad humana* de Pico della Mirandola, o tratados, como *Notas de cocina* de Leonardo da Vinci. Posteriormente los escritos de Galileo, Copérnico y Newton darán a la biblioteca una cara científica, lo cual la irá consolidando cada vez más como un lugar para el conocimiento.

Con la Modernidad la biblioteca adquirió un mayor realce pues ya su labor no era artesanal. Los libros impresos garantizaban una mayor libertad en la circulación de la información, pero también la consolidación de un pensamiento ilustrado y la emergencia de los conceptos de Estado y de ciudadano posibilitaron su auge y su pronta difusión. Así, la biblioteca se ha consolidado en el imaginario social como un sitio especial para el placer solitario de la lectura y, a su vez, para la construcción y asimilación de la cultura. Se estableció el diálogo lector-texto-escritor, el cual no es que no existiese antes, sino que con personas que poseen mayor bagaje, resulta ser más amplio y fructífero. Experiencias en América del Norte mostraron cómo, en la medida en que la lectura se expande, la biblioteca hace esfuerzos por ser más itinerante, por acompañar más a la escuela, por posibilitar material y espacios para la discusión, el debate y la confrontación de ideas.

La biblioteca desde una óptica histórica es una formadora silenciosa del carácter de una época y de un pueblo. El *logos* dado, presentado y forjado en el aula es contenido como texto, como conversación, como arte, como goce y disfrute de la cordura, del delirio, de los sentidos; de la intimidad y la exterioridad; de la reflexión y la *praxis*; del *yo*, del *tú*, del *nosotros*... del *ethos*.

La formación se nos presenta como el camino que trata de unir la dicotomía en la cual el ser humano se encuentra encerrado: el espíritu y la carne; un esfuerzo por reconciliar dicha disyuntiva y reconstruir el rostro humano del saber, en palabras de Morin: lo prosaico y lo poético o, mejor aún, la razón y la demencia.

La idea que se pueda definir como *homo* dándole la calidad de *sapiens*, es decir de un ser razonable y sabio, es una idea poco razonable y poco cuerda. *Homo* es también *demens*: manifiesta una afectividad extrema, convulsión, con pasiones, cóleras, gritos, cambios brutales de humor, contiene en sí una fuente permanente de delirio; cree en la virtud de los sacrificios sangrientos; da cuerpo, existencia, poder a los mitos y a los dioses de su imaginación. Hay, entonces, en el ser humano un foco permanente de *Ybris*,¹ la desmesura de los griegos.

La locura humana es fuente de odio, crueldad, barbarie, ceguera. Sin embargo, sin los órdenes de la afectividad y los desbordamientos de lo imaginario, sin la locura de lo imposible, no habría impulso, creación, invención, poesía (1998, p. 13).

¹ La transcripción de la cita obedece a la presentada en la obra citada; por lo tanto, se transcribe *Ybris* y no *hybris* como es habitual.

La biblioteca como lugar del disfrute, de la creación

Somos *homo demens* y esta demencia se afirma en los anaqueles de la biblioteca: Baudelaire, Rimbaud, el Marqués de Sade, Oscar Wilde, Matsuo Basho, Yukio Mishima, Walt Whitman, Edgar Allan Poe, Stefan Zweig, Nikos Kazantzakis, Simón Bolívar, Gonzalo Arango, Raúl Gómez Jattin, entre otros más, están allí elevando el espíritu humano, atrayendo la mirada benévola de los dioses, transformando y jalonando la cultura. Su obra creadora, que brotó de la demencia y del reconocimiento de las sombras del alma humana, resulta ser edificante para los espíritus contemporáneos. La vigilia y el delirio se encuentran para hacernos ensoñar, para no conformarnos con una realidad inmutable y que se anquilosa en el *statu quo* de los entes. Puesto que somos *hybris*, la biblioteca resulta iluminadora —no es azaroso que en la mítica Alejandría se ubiquen el faro y la biblioteca—, la cultura se enciende, se refresca, se cuestiona... se crea. A esta acción creadora es a la que tanto biblioteca como educación desean llegar.

Una de las máximas —lo diré en términos pedagógicos: objetivos— que traza la enseñanza de la lengua castellana y la literatura, así como la biblioteca y los espacios de fomento (la animación y la promoción) de la lectura, es la formación de *lectores autónomos*; este deseo conlleva a una lectura que se trasciende a sí misma para proponer, para salir de sí y transformar. Este es el campo de “lo poético” que nos menciona Morin, pero ¿cómo se logrará este salto

si los libros siguen allí aguardando, si los anaqueles siguen recogiendo polvo y lo cotidiano transcurre sin historias que leer, sin vidas que contar? No queda más que alentar la experiencia del asombro. Asombro que no nos es ajeno en el campo de lo filosófico, menos aún de lo literario, que se hace infinito en el encuentro con lo imperceptible, en la interpelación nocturna, en el momento de exaltación cuando la costumbre abre sus esclusas y nos regala la ensoñación, cuando –después de tanto intentar– damos con el libro que nos aguardaba. Razón tenía Borges al decir:

¿Qué es un libro en sí mismo? Un libro es un objeto físico en un mundo de objetos físicos. Es un conjunto de símbolos muertos. Y entonces llega el lector adecuado, y las palabras –o, mejor, la poesía que ocultan las palabras, pues las palabras solas son meros símbolos– surgen a la vida, y asistimos a una resurrección del mundo (2001, p. 18).

Si dicha resurrección acontece frente a nosotros (y en nosotros mismos, eso espero) entonces nuestra labor y pasión está salvada; es más, hasta podemos salvar vidas (cosa que es demasiado importante) en lo que entrevemos es la misionalidad misma de la biblioteca. Pero si, por el contrario, se reduce el ser bibliotecario a un acto de administración de información es posible que esto permita a los equipos bibliotecarios generar cierta eficacia o ahorrar tiempo en procesos jurídicos o en la atención de los públicos; no obstante, esta dinámica nos encierra en el círculo del subsistir (de la prosa), de la ejecución y no de la ensoñación o la transformación. Desde la misma distribución de las colecciones bibliotecarias se aprecia esta necesidad transformadora, por ejemplo,

en los espacios referentes a las llamadas “Humanidades” los cuales, en alguna medida, son diferentes a todos lo demás pues suponen un cierto goce, una dinámica del espíritu, una delicia pecaminosa que acompaña, moviliza y emancipa al hombre en sus procesos de supervivencia. En otras palabras: las ideas iluminan la vida, la belleza transforma lo cotidiano, la poesía tiene un *algo que decir*, mientras que en la prosa... La biblioteca está en el corazón de lo humano de un modo tal que el hombre pasa de ser un *homo habilis* a un *homo sapiens*, un *homo ludens*: el *homo demens*. Nuevamente acontece la resurrección del mundo, el asombro, la encarnación del verbo (disculpen la blasfemia) pues las cosas dejan de ser eso, sólo cosas, si nos sumergimos por las fabulosas verdades de lo simbólico, de lo trascendente... del lenguaje, gran dios silencioso de las bibliotecas y de las aulas y de quien los bibliotecarios, promotores de lectura, docentes y padres de familia somos sus más selectos ministros.

Tanto el aula como la biblioteca se abren a un placer escrito en lo más profundo o, como dice Gonzalo Arango al iniciar este texto, a “esta inocencia que no está escrita más que en el aire, y más alto aún, en las estrellas”. Sin embargo, es un placer creador que exige la paciencia del tejedor, la fortaleza del herrero, la precisión del alfarero; me refiero al placer de leer, de conversar, de apreciar, de escribir... de pensar.

No obstante, dice Ángel Luis Aritmendi en un artículo para la revista *Mi Biblioteca: La revista del mundo bibliotecario*:

[...] leer no tiene por qué ser siempre sinónimo de diversión como erróneamente se nos infunde desde algunas campañas de animación a la lectura. Leer es un gozo intelectual que requiere concentración y esfuerzo para desentrañar el significado de los textos en función de las conexiones establecidas con nuestros afectos, conocimientos previos y opiniones. La lectura va más allá de pasar un rato entretenido (2008, p. 45).

Queden, para concluir esta reflexión que se mueve entre el *yo* y el *nosotros*, estas palabras de Gabriel García Márquez en su texto *Un país al alcance de los niños*:

Creemos que las condiciones están dadas como nunca para el cambio social, y que la educación será su órgano maestro. Una educación desde la cuna hasta la tumba, inconforme y reflexiva, que nos inspire un nuevo modo de pensar y nos incite a descubrir quiénes somos en una sociedad que se quiera más a sí misma. Que aproveche al máximo nuestra creatividad inagotable y conciba una ética –y tal vez una estética– para nuestro afán desaforado y legítimo de superación personal. Que integre las ciencias y las artes a la canasta familiar, de acuerdo con los designios de un gran poeta de nuestro tiempo que pidió no seguir amándolas por separado como a dos hermanas enemigas. Que canalice hacia la vida la inmensa energía creadora que durante siglos hemos despilfarrado en la depredación y la violencia, y nos abra al fin la segunda oportunidad sobre la tierra que no tuvo la estirpe desgraciada del coronel Aureliano Buendía (1996, p. 28).